

Jubilación

La mística de la jubilación suele invadir a los currantes un lunes sí y otro también. Las mil y una cosas inacabadas del fin de semana envuelven al personal en un aura más pegajosa que las mismísimas sábanas que se resisten a ser desplegadas en tan infausto día.

Es entonces cuando uno sueña con la festivalización de los lunes, martes, miércoles, jueves y viernes, que sobreviene cuando se accede a la mítica jubilación, e inevitablemente hace sus utópicos planes, su particular crónica de un retiro anticipado, su sueño de una senectud plácida cimentada en una buena salud y en una digna condición económica. Porque puestos a soñar, a uno le gustaría llegar a tan beatífico estado en aceptable condición física, sin alardes circenses pero con autonomía de movimientos, con la suficiente lucidez

mental como para no perder la ilusión de aprender, con la íntegra capacidad de tolerar que no es sino la antesala del amar, con la suficiente generosidad para compartir y renunciar, con la dignidad indispensable para no hipotecar las propias convicciones y con el valor de mantenerlas o enmendarlas racionalmente.

Me gustaría además llegar a la jubilación habiendo hecho frente con entereza a los inevitables zarzapos de la vida por desgarradores que hayan podido ser. Sería muy feliz si pudiera llegar a un dorado retiro rodeado de nietos y entre el respeto y cariño de mis gentes, testimonio inapelable de una trayectoria humana y profesional impecable.

En pocas palabras, daría cualquier cosa por jubilarme como don Mateo Seguí Mercadal.

Pedro J. Bosch

1984